



Tinieblas en el verano

Ritual

David Pinner
Traducción de Regina López Muñoz
Alpha Decay, Barcelona, 2014
272 páginas, 21,90 euros

Por Luis Pérez Ochando

NARRATIVA. EL CADÁVER DE Dian Spark yace a los pies de un añoso roble, con un ramillete de ajo entre las manos y una mariposa posada en la nariz. El inspector David Hanlin llega a Thorn, un pueblecito de Cornualles, para esclarecer si se trata de un crimen ritual; sin embargo, los lugareños desconían de él, los niños le odian, los adultos guardan secretos y todos le son hostiles, porque ha venido a truncar los ritos del solsticio, ese clima que todos aguardan como una olla al borde del hervor.

En *Ritual*, la prosa de David Pinner se deja emburjar por la mirada visionaria del inspector y prolifera en una imaginación densa, enraizada y asfixiada por los ritmos del bosque y de las olas, por el pulso de la naturaleza virgen, que acusa al policía como un monstruo con pies hechos de hojas. A menudo, el narrador de Pinner adopta un estilo indirecto libre y participa de los pensamientos de los personajes, pero es el inspector quien centra su atención. Tras los cristales ahumados, los ojos albinos del detective escrutan cada detalle: una cabeza de mono clavada con un afilador, el rastro iridiscente de una mariposa aplastada, el crujido de un caracol al ser pisado, pistas que apuntan hacia un misterio ante el que la razón se desmorona.

El inspector llega para restablecer el orden y, no obstante, es su pesquisa la que interrumpe la cadencia del verano que asciende y se abre como una flor preñada de miel. El inspector busca la verdad y, sin embargo, se convierte en el ángel de la destrucción de Thorn, porque le asquea su sensualidad pagana y morbosa, porque no comprende sus ritos ancestrales y, por ello, los paisanos de Thorn habrán de odiarle como sólo odia el semental interrumpido tras una larga espera.

La traducción de Regina López Muñoz permite a los lectores castellanos descubrir esta novela genial que —al igual que la historia que cuenta— parece huir de la luz para refugiarse entre las sombras. En 1966, Pinner, que hoy tiene 64 años, estuvo a punto de perder la única copia del manuscrito al olvidarla sobre su automóvil, pero el asunto no acaba aquí, pues, pese a haber inspirado la película de culto *El hombre de mimbre* (*The wicker man*, Robin Hardy, 1973), *Ritual* no fue reeditada en inglés hasta 2011; quizá porque asomarse a las tinieblas no es una empresa fácil, ni segura en absoluto y podemos no salir indemnes de ella; pero a veces es preciso aventurarse en la espesura de la noche para descubrir qué se oculta tras las máscaras del día. ●



Railes a la entrada del campo de concentración de Auschwitz al sur de Polonia. Foto: Czarek Sokolowski / AP

Espectador de su muerte

Albert Drach, abogado y escritor vienés, escribió una ácida novela en plena guerra y la situó en la Francia de Vichy

Un viaje nada sentimental

Albert Drach
Traducción de Adan Kovacsics
Minúscula, Barcelona, 2013
416 páginas, 24 euros

Por Cecilia Dreyemüller

NARRATIVA. LA LITERATURA DE la primera mitad del siglo XX parece una inmensa arca de la que todavía hoy salen verdaderos tesoros, obras escritas en la huida, entre incertidumbres y angustia de muerte, que a causa de la dispersión mundial de los escritores perseguidos, al ninguneo sistemático de sus logros literarios en la Alemania y Austria de posguerra, se perdieron o se olvidaron. Y ha sido el mérito de pequeñas editoriales como Minúscula que se rescataran y que en España, actual-

mente, se esté más al tanto de esta literatura que en sus países de origen. Este es el caso de *Un viaje nada sentimental*, de Albert Drach, abogado y escritor vienés huido en 1938 a Yugoslavia y después a Italia y Francia. Si esta novela escrita entre 1943 y 1946 tardó en recibir su merecido reconocimiento fue porque Drach sólo volvió en 1947 a Austria y no la pudo publicar hasta 1966. Tuvo que luchar contra resistencias antisemitas en todos los frentes. Desde luego, no pudo formar parte de la reconstrucción cultural de su país, como otros escritores judíos exiliados de su generación, sino que tuvo que reclamar su casa, ocupada por los denunciantes de su familia, y perderse en mil litigios.

De ahí que su amor patrio adquiriera un matiz algo ácido y a continuación se dedicara a escribir tan agudos como demoleadores retratos de la sociedad austri-

ca de su época (ojalá se tradujera también alguno de ellos, como *El gran protocolo contra Zweschkenbaum*). De este cariz crítico y de su acidez, *Un viaje nada sentimental* ya da una buena prueba: "En mi querida patria cada cual tenía a su propio judío de excepción, al que luego denunciaba el vecino, de lo cual el primero se vengaba denunciando al judío de excepción del segundo, de manera que en ningún otro país parece que el exterminio de los judíos esté tan asegurado como en Austria".

Aquí, sin embargo, el fondo social sobre el que se desarrollan los hechos es la dulce Francia, la del régimen de Vichy, y Jean Coucou, un escritor y abogado austriaco judío refugiado en Niza, intenta no caer en las garras de las autoridades francesas desde que decidiera negar la identidad racial que le han asignado los nazis. Los desinteresados funcionarios galos se muestran ávidos de satisfacer la demanda de judíos de los ocupantes alemanes, y seguimos aterrados a Coucou en su juego de falsas identidades, en cómo escapa del campo de internamiento, del tren de deportación o de la enésima detención. A partir de un momento, el fugitivo ya habla con los muertos, pues él mismo se considera muerto.

Su crónica resultaría insostenible si no se atenuara con ese cáustico sentido del humor y de la autoironía que disimulan el dramatismo del relato: "Pues sí, mi vida empieza a gustarme; cuando menos me resulta interesante: como si pudiera escindirme de tal manera que una parte mía asume los peligros, mientras que la otra asiste como un espectador pasivo al espectáculo que se ofrece". La sentimentalidad queda prohibida desde el título. Es una fórmula que Coucou se repite en los momentos especialmente bajos, tras otra denuncia anónima, otra traición, otro fracaso amoroso. Pocos textos literarios sobre el Holocausto y sus antepasados consiguen semejante distanciamiento como *Un viaje nada sentimental*, con su sudoroso estilo de protocolo judicial —espléndidamente recreado en la traducción de Adan Kovacsics— y su mirada entre rabiosa y desencantada sobre la especie humana. ●

El siglo más corto

Un refrescante y ameno ensayo de Antonio López Vega hojea el calendario del año en que estalló la Gran Guerra

1914. El año que cambió la historia

Antonio López Vega
Taurus, Madrid, 2014
224 páginas, 18,50 euros

Por Luis Fernando Moreno Claros

ENSAYO. ANTONIO LÓPEZ VEGA (Madrid, 1978) publicó en 2011 una imponente biografía de Gregorio Marañón (*Radiografía de un liberal*, Taurus); ahora, cien años después del inicio de la I Guerra Mundial, presenta un ensayo informativo sobre el estado del mundo en aquella época. Este 1914 no es equiparable a otras obras aparecidas en castellano con idéntico título, las de Max Gallo, Margaret MacMillan o Max Hastings; mientras que estos historiadores analizan el comienzo de la Gran Guerra y sus primeras consecuencias, López Vega va más allá de la contienda y rememora otros sucesos de aquel mismo año —no sólo europeos—, en los que se basa para referir las profundas transformaciones que entonces acontecían o se gestaban en el pensamiento, las artes, la política internacional o la industria.

Por ejemplo, en el mes de febrero de 1914, la sufragista Mary Richardson atentó

contra *La Venus del espejo*, el cuadro de Velázquez expuesto en Londres. Con su gesto de terrorismo artístico pretendía llamar la atención sobre el encarcelamiento de su correligionaria, la señora Pankhurst. En marzo, el joven filósofo Ortega y Gasset dictó una exitosa conferencia en el madrileño Teatro de la Comedia: *Nueva y vieja política*. En mayo, Stravinski estrenó su ópera *El ruiseñor*; en esta ocasión no causó el escán-



El arquiduque y su esposa, en Sarajevo poco antes del atentado. Foto: AFP

dalo que el año anterior provocara en París el estreno de la *Consagración de la primavera*. Junio trajo el atentado en Sarajevo; Gavrilo Princip mató a tiros al arquiduque

Francisco Fernando: fue el detonante de la I Guerra Mundial. Al magnicidio le sucedió en julio el asesinato del líder socialista francés Jean Jaurès.

En agosto, mientras toda Europa se declaraba la guerra, el vapor estadounidense *Arcon* cruzaba el canal de Panamá: fue la primera travesía, recién finalizada aquella obra faraónica. En septiembre tuvo lugar la batalla de El Marne. En octubre falleció en Buenos Aires el general Julio Argentino Roca.

Con estos y otros sucesos López Vega repasa el legado de aquel "corto siglo XX" —así llamado por Eric Hobsbawm al afirmar que comenzó en 1914 y concluyó en 1991, con el derrumbe de la Unión Soviética—. El autor destaca la lucha por el sufragio universal y el auge del feminismo; la influencia de los intelectuales en la política; las derivas del arte; la rebelión de las masas o el nacionalismo como factor de violencia; también, la universalización de la guerra con la aniquilación inmisericorde de civiles y los genocidios. Además, incide en la hegemonía y el poder de Norteamérica o el desarrollo de China y Japón, sin olvidar los conflictos en Sudamérica.

La Gran Guerra estalló cuando estaban cambiando muchas cosas, vías nuevas de pensamiento subvertían el viejo orden y sepultaban el famoso "mundo de ayer" descrito por Stefan Zweig. Que aquel horror aceleró muchos de esos cambios, truncó otros y trajo nuevos a escala mundial es un hecho que nadie discute. López Vega los sintetiza con cierta premura en su afán enciclopédico, pero el resultado es ameno, y nos refresca la memoria de ese siglo tan conflictivo y rompedor. ●